

# Históricas Digital

Evelia Trejo Estrada

“La historia nacional: testigo de los tiempos”

p. 115-132

*México y España*

*Estudios comparados sobre cultura liberal, siglos XIX y XX*

Pablo Mora, Manuel Suárez Cortina y Evelia Trejo Estrada  
(edición)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación  
de Humanidades, Instituto de Investigaciones Históricas,  
Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Universidad  
de Cantabria

2021

324 p.

ISBN 978-607-30-4448-6 (UNAM)

ISBN 978-84-17888-29-9 (Universidad de Cantabria)

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de abril de 2022

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/756/mexico\\_espana.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/756/mexico_espana.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Evelia Trejo Estrada\*

## LA HISTORIA NACIONAL: TESTIGO DE LOS TIEMPOS

La expresión de la vida puede ser disciplinada,  
pero la vida en sí no puede serlo.  
Isaiah Berlin, *Vico y Herder*.

La Historia nacional es una realidad que va cobrando forma poco a poco. Su elaboración se inscribe en determinados momentos del acontecer de un pueblo y se configura con los recursos y los anhelos de quienes escriben. Por ello, es interesante conocer cuáles son las huellas que deja el tiempo vivido por los historiadores en las páginas de sus escritos sobre el pasado; saber en qué medida las obras que abarcan largos periodos de la experiencia de una nación nos ayudan a comprender que las narraciones históricas contienen, además de los hechos y acontecimientos que se registran, las razones que han impulsado a sus autores a rescatarlos, a proponer que tienen un valor determinado y a suponer que la relación entre esos hechos puede dar sentido a lo que ha ocurrido, a lo que pasa en ese momento e incluso a lo que vendrá más adelante.

Las explicaciones y los juicios que ofrecen algunos autores en torno a cuestiones que se han considerado importantes en el desarrollo de una nación en ocasiones trascienden el tiempo y son adoptadas por generaciones posteriores para interpretar el pasado. Algunas veces, las ideas contenidas en las Historias contribuyen a establecer la versión oficial sobre el pasado de un pueblo; en otras, aun sin adquirir el carácter de historia patria, nutren el imaginario de quienes aspiran a construir la realidad presente.

En estas páginas, un recorrido a vuelo de pájaro invita a reflexionar sobre ciertos rasgos que caracterizaron a Historias escritas en México y España en una etapa preñada de aspiraciones liberales. Asimismo, algunos ejemplos, tomados

\* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.



de obras históricas producidas al finalizar el siglo XIX y comenzar el XX, permiten precisar aspectos de lo que el ideario liberal heredó a la posteridad.

Es un hecho conocido que para el siglo XIX el quehacer de los historiadores se había revestido ya de un cierto carácter “científico” del que se esperaba que proporcionara noticias verdaderas y explicaciones razonables sobre el pasado. De ahí, se puede suponer que el público receptor, restringido o amplio, recibiera con confianza lo que le brindaban las obras de probada solvencia historiográfica. Igualmente es bien sabido que, tanto en México como en España –las dos naciones a las que aquí se hace referencia–, en diversos momentos y por circunstancias distintas, el ingrediente liberal y su utilidad para crear u orientar a la nación ha sido un componente de Historias que han influido en la concepción del deber ser de cada uno de estos pueblos.

### El caso de México

Para la mayoría de los habitantes de lo que serían los Estados Unidos Mexicanos, la España católica al colonizar el territorio había impuesto una huella imborrable en materia de religión. Sin embargo, el poder de la Iglesia, emisaria de dicha religión, era, a los ojos del espíritu ilustrado y liberal que animaba a buen número de los partidarios de la Independencia, una herencia que no debía colocarse por encima de los fines del Estado. En ello estriba una de las problemáticas que había de enfrentar la escritura de la historia nacional.

Alimentada por la presencia de héroes independentistas, por los temas relativos a las guerras y por las dificultades para llevar a cabo los distintos proyectos de nación, la Historia que se escribió en México de 1830 en adelante estuvo impregnada de la voluntad de apoyar la causa de la constitución del Estado. Obedeciendo los dictados de lo que el Siglo de las Luces heredara al Siglo de la Historia –así llamado por la importancia que cobró ocuparse seriamente del pasado–, en muchos casos la exigencia de los historiadores parecía ser poner en claro el modo en que debía imperar la luz de la razón para que los hombres construyeran naciones más libres políticamente y más fuertes en materia económica. El siglo XIX debía cumplir en los diversos órdenes de la vida hasta alcanzar esas metas. Quienes emprendieron la tarea de escribir la Historia buscaban mirar hacia el futuro tomando del pasado sólo lo que resultara útil. Aunque no faltaron aquellos que insistían en que no debía desconocerse la fortaleza que, para construir el futuro, provenía de los tres siglos de vida colonial; aquellos que estaban convencidos de que en este ciclo se había fraguado la nacionalidad, la identidad y la definición de lo que podía y debía ser el nuevo país.

Autores como Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora dieron contenido a formas de conciencia histórica de corte liberal e ilustrado, mientras que Lucas Alamán, sin dejar de ser ilustrado, es ejemplo del segundo modelo. El punto de

partida de unos y otros era el alumbramiento reciente de un país que se preciaba de ser independiente. Las revoluciones ocurridas exigían para algunos mirar hacia adelante, mientras que para otros era un imperativo detenerse en la observación del pasado. En todos los casos, la Iglesia es un agente que no falta pero que, según la perspectiva de cada uno, adquiere valores diferentes. Para los autores que pretenden destacar los obstáculos que estorban un futuro del que se espera ganancia de libertad y prosperidad, la Iglesia será un factor susceptible de ser acotado y criticado. La proclividad a destacar sus fallas es evidente. En cambio, la institución resulta favorecida en la mirada de quienes ven en ella la base moral que da fisonomía al pueblo de México.

De allí, en buena parte, proviene la clasificación que opera para hablar de actores políticos, de pensadores y de historiadores adjetivándolos como liberales o conservadores. Unos y otros se dan cita en las Historias, y a las que se escriben de mediados del siglo hacia adelante se les sitúa en uno u otro campo; aunque es cierto que resulta difícil resolver si realmente es tajante la diferencia entre ambos. ¿Hasta dónde, por ejemplo, son “resistentes al cambio” algunos de los llamados conservadores como Lucas Alamán? ¿Hasta qué punto los liberales desconocen el papel de la religión católica en México para labrar un camino en el que prive la libre decisión de los ciudadanos? Habría que decir que es cuestión de grados.

Sin duda, episodios significativos como la pérdida de territorio que sufrió México tras la guerra con los Estados Unidos, en 1847, propiciaron que se intensificara el sentimiento nacionalista que se advierte en una producción historiográfica en la que los Estados Unidos serán considerados, sí como el futuro, el poder, la nación ejemplar de lo que supone el ejercicio de las libertades del ciudadano, pero a la vez como la nación amenazante y, en gran medida, diferente. La cultura anglosajona, cuya tolerancia religiosa no resultaba afín a la práctica casi total del catolicismo que caracterizaba a los mexicanos, implicaba la noción de una presencia distinta, a veces opuesta, y digna de imitación a un mismo tiempo.

Cuestiones como ésta se reflejaron en las páginas de las Historias que, por un lado, se ocupaban de un presente complejo y, por otra, procuraban hacer espacio a ese pasado colonial que daba fe de las características particulares de México, de esas que lo hacían un país con tradiciones que cuidar y valorar.

Los tintes liberales o conservadores siguieron haciendo acto de presencia en esos textos que procuraban eslabonar pasado y presente, en aras de delinear un futuro para la nación mexicana. La experiencia política e intelectual de la mayoría de los historiadores animó muchas de las páginas más celebradas. Pero fue hasta después de las guerras de Reforma e Intervención (1857-1867), en este caso la intervención francesa que llevó al trono imperial en México a Maximiliano de Habsburgo, cuando los recuentos sobre el pasado propiciaron una



manera peculiar de concebir la historia nacional; sobre todo, cuando se pudo proyectar de un modo más espectacular en el último cuarto del siglo XIX. Entonces lucieron con mayor brillo los discursos influidos por el liberalismo decimonónico; por esa propuesta sobre el devenir que, confiada en las posibilidades del individuo, se pronunciaba favorable a una educación secularizada, es decir, separada de la influencia de la religión, y un ejercicio del poder político deslindado claramente del poder eclesiástico, que se concebía como una fuerza de retroceso, opuesto a los vientos que impulsaban hacia el progreso; ese que se adecuaba a las expectativas de los liberales mexicanos.

Así, una Historia producida en las postrimerías del siglo se revelaba como el homenaje a ese triunfo liberal cuyos protagonistas, con Benito Juárez a la cabeza, habían sido los paladines de la Reforma. *México a través de los siglos* ocupa un capítulo especial en la historia de la historiografía mexicana; reúne en cinco volúmenes un pasado que se extiende más allá de lo considerado por muchas de las obras que le anteceden, puesto que abarca el pasado prehispánico y la conquista; le da espacio al pasado virreinal que se incorpora como elemento esencial para configurar la peculiaridad de la nación mexicana, al movimiento de Independencia y a los acontecimientos que se suceden con el fin de organizar al país de 1821 a 1855, para desembocar, finalmente, en el relato de la Reforma y la Intervención y culminar en lo que se concibe como el puerto seguro de llegada: el triunfo liberal de 1867.

No hay que olvidar, sin embargo, que al mismo tiempo que esa obra, publicada de 1885 a 1889, y que se erige como ejemplo de una construcción monumental que colocaba los peldaños más firmes para la elaboración de una Historia nacional, se edificaba también un buen número de obras en las que predominaba el esfuerzo por recuperar y disponer todo aquello que sirviera para honrar el pasado colonial e incluso el prehispánico, en lo que tenían de valioso. Es decir, con un ánimo de anticuarios y eruditos, algunos estudiosos reunieron y expusieron fragmentos de la realidad del pasado que poco tenían que ver con los principios y metas del liberalismo y la idea de progreso que animaban las páginas de esa gran Historia.

La cuestión es que dos de los momentos cumbre del acontecer del siglo XIX, la Constitución de 1857 con las Leyes de Reforma y la gesta que dio el triunfo a la facción liberal, quedaron colocados por primera vez como parte de todo el proceso histórico de la nación en esa obra llamada a permanecer por muchos años como modelo de Historia nacional. Escrita en la segunda década de gobierno de Porfirio Díaz, editada por Santiago Ballecá y bajo la dirección del general Vicente Riva Palacio, quien congregó a los seis autores que cumplieron la encomienda, sirvió por muchos años como cantera a los historiadores que vendrían más tarde.

A dicha obra seguiría poco después otra igualmente voluminosa y notable: *México: su evolución social* (1901-1902). Elaborada bajo el ideario de un evolucionismo que buscaba mostrar la ruta del progreso, aunque no tuvo la suerte de alcanzar las numerosas ediciones de la anterior, sí cubrió ampliamente las expectativas del grupo gobernante y animó la versión de la libertad que, junto con el progreso y la prosperidad de la nación, constituía la finalidad misma del proceso histórico. La dirección a cargo del célebre Justo Sierra, quien redactó la parte referida a la evolución política, fue timbre de orgullo y respaldó su difusión incluso más allá de las fronteras de México.

### El caso de España

Los propósitos de escribir la Historia nacional de España anteceden en el tiempo a los que se dieron para el caso de México, puesto que la idea de una nación española se planteó con anterioridad a la idea de una nación mexicana, y desde el siglo XVI la obra de Juan de Mariana busca darle unidad y forma a su pasado. Sin embargo, en lo que concierne a la época liberal que aquí interesa, es necesario colocarse en el ochocientos, como se denomina al siglo XIX, para apreciar lo que en aquel país se ofrece como pasado nacional.

En los discursos de quienes fueran protagonistas o herederos directos de los conflictos generados por las distintas experiencias liberales que desde las Cortes de Cádiz insistieron en la modernización de la monarquía y en el constitucionalismo, puede advertirse la intención de poner al descubierto aquello que permitiera identificar lo que los españoles habían sido y debían ser. Con independencia de los periodos históricos que se cubren en las historias generales escritas a partir del medio siglo y hasta su conclusión, es patente que existe un esfuerzo por dotar de un pasado común a la nación, proporcionando los rasgos que caracterizan a España y que pueden colaborar en la construcción y fortalecimiento de un Estado nacional con mayores índices de libertad y capaz de ubicarse con pleno derecho dentro de los márgenes de la más alta civilización.

Al igual que en otros casos, la labor del historiador liberal suele enfatizar la vocación del pueblo español por buscar su independencia de poderes externos. Y en el horizonte de la cultura occidental que tras la Ilustración ve necesaria la secularización, es decir, la separación de los órdenes civiles y eclesiásticos en materia de poder político y de influencia social, las Historias de España también lidian con las argumentaciones sobre el papel de la Iglesia. Sin comprometerse con una ruptura energética con respecto a la institución eclesiástica, Modesto Lafuente, el historiador más influyente en la manera de concebir y relatar el pasado de España por un largo tramo del siglo XIX, escribe su *Historia General de España* bajo la convicción de que, aparte de la religión, es la historia la que mejor puede proporcionar lecciones de tolerancia política. Considera necesario



aprender de ella en los tiempos de conflicto que se viven y otorga a varias generaciones una versión que será duradera y se difundirá más que ninguna otra en los manuales y textos para la enseñanza.

El espíritu que la anima participa del que presentan otras Historias que corrieron con menor suerte. Aunque se estima que en esa etapa aparecieron las obras que permitieron construir la memoria histórica del liberalismo español, en muchos casos, el tiempo histórico que abarcan no alcanza a cubrir algunos de los episodios más significativos de los avances liberales ocurridos en la centuria.

En la última parte del siglo, la orientación de la historiografía tomó un rumbo marcado por las directrices de los historiadores agrupados en la Real Academia de la Historia. Sus fórmulas, apegadas al empirismo de inspiración positivista, les hacían producir una enorme cantidad de textos en los que abundaban los hallazgos documentales y episodios sustentados en bases firmes, pero en los que ya no aparecía la fuerza filosófica y romántica que imprimió a su historia Modesto Lafuente. En todo caso, el éxito de la obra de Lafuente se ha explicado por el hecho de haber conseguido ofrecer una visión sistemática del proceso de la nación, en la cual coexisten consideraciones provenientes de sus convicciones religiosas en las que el providencialismo actúa como fuerza para mover la historia, con el reconocimiento del papel de la libertad individual y de la voluntad del pueblo como factores que la impulsan hacia una meta determinada. La coherencia de su mensaje sobre el conjunto de la historia nacional fue uno de sus sellos distintivos, como lo fue su propuesta de dividir en etapas la historia de España, bajo un modelo que perduró por mucho tiempo.

Es comprensible que los autores que vivieron de mediados de siglo en adelante en una España en que se sucedieron gobiernos en los que el liberalismo cobraba tintes diversos, miraran al pasado intentando colocar los elementos que destacaban en una cierta armonía. La tradición monárquica y el catolicismo hacían acto de presencia en un horizonte en el que a la vez ganaban adeptos las expectativas de fortalecer a las naciones abriendo espacios a la libertad de los individuos, al constitucionalismo y a las formas republicanas de gobierno. Al sobrevenir el periodo de la Restauración monárquica, en el último cuarto del siglo, y quedar atenuada la expresión de un liberalismo más radical y progresista, la percepción del presente implicó el florecimiento de una historiografía que recreaba el pasado sin procurar un mensaje demasiado evidente respecto al papel del liberalismo político experimentado años atrás.

En todo caso, una huella del pensamiento liberal en la historiografía española que hace referencia a lo ocurrido en el ochocientos puede percibirse con claridad en una obra dedicada precisamente a dicho siglo y publicada cuando apenas despuntaba el siglo xx: la *Historia de España en el siglo XIX* de Francisco Pi y Margall. Una obra que simplemente por su volumen resulta tan digna de

estudio como las Historias monumentales producidas en México, aunque es posible que su trascendencia e influjo en la concepción de la historia de España no llegara a tener los mismos alcances.

### **Dos temas de la historia nacional desde un mirador liberal: religión y literatura**

Rastrear el carácter liberal que marca las obras de los distintos autores y conocer el impacto que dejaron sus páginas en la conformación de la memoria histórica de las distintas naciones, exige mucho más de lo que aquí se ofrece. Sin embargo, es ilustrativo de lo que trasciende reconocer en algunos ejemplos aquello que se valora sobre las experiencias vividas y se brinda como fórmula para preparar un mejor futuro. El objetivo de las siguientes páginas es presentar algunos casos en los que la impronta del espíritu liberal es profunda y dicta observaciones sobre la realidad que van más allá de los acontecimientos particulares y se proyectan hacia atrás y hacia adelante en el tiempo de las naciones para orientar su trayecto.

La selección recae en tres de las obras arriba mencionadas, que fueron publicadas hacia el final del siglo XIX y primeros años del XX. En el caso de México, las aportaciones que aquí se citan forman parte de estudios generales sobre la historia nacional que abarcan un tiempo largo y dedican atención especial al siglo XIX. En el de España, se trata de una obra relativa casi exclusivamente al ochocientos.

Las proposiciones acerca del proceso histórico mexicano que aparecen en los escritos elaborados por José María Vigil (1829-1909) en *México a través de los siglos*, y por Manuel Sánchez Mármol (1839-1912) en *México: su evolución social*, pueden compararse con las que contiene la *Historia de España en el siglo XIX*, de la autoría de Francisco Pi y Margall (1824-1901), quien profesa la fe liberal, es testigo y partícipe de su puesta en marcha en el gobierno y posteriormente narrador de esa experiencia.

Dos asuntos tratados en esas obras, la religión y la literatura, sirven para enfocar el signo de los tiempos. De la religión, en particular lo relativo a la Iglesia, institución que impactó de manera especial el curso histórico de ambos pueblos y cuyo papel es sometido a juicio. De la literatura, su lugar como expresión de la identidad cultural que ante el cambio de los tiempos demanda esclarecer si cumple la función de estar al día en materia de civilización y de progreso.

José María Vigil es testigo de las últimas y más fructíferas luchas contra el conservadurismo. Su actividad periodística y literaria, unida a los estudios de jurisprudencia, el interés en la filosofía y la detenida observación de los acontecimientos que le tocó presenciar, hacen de él un autor idóneo para dar cima





al propósito de contar la historia de su país desde los orígenes hasta que consiguiera uno de los fines más deseables en su tiempo: el triunfo del liberalismo político. Oriundo de Guadalajara, Jalisco, Vigil se trasladó a la capital de la República en donde vivió a partir de 1870. Siendo un reconocido bibliógrafo y erudito se hizo cargo del relato que le encomendaron para la obra *México a través de los siglos*, pese a que le distraía de las actividades que desempeñaba como director de la Biblioteca Nacional, cuando era ya un hombre mayor, respetado y reconocido.

Entre lo publicado en la prensa de Guadalajara, en 1855, y 1885, año en que inició el relato historiográfico aquí aludido, pasaron treinta años, de los cuales prácticamente veinte corresponden a los gobiernos de los liberales que encabezan el proyecto de la República que triunfó en 1867. Ante los avatares de la experiencia política, el entusiasmo del joven liberal queda atrás pero el compromiso con el ideal sigue presente. En las páginas del tomo V que redacta, Vigil afirma, con moderación y énfasis, la base del liberalismo mexicano, entendido como ideología del poder del Estado constituido.

Desde sus primeros escritos, a mediados de siglo, Vigil juzga que el partido conservador es un lastre para México y, por tanto, lo considera el enemigo a vencer. Aun sin mencionar sucesos, da la impresión de tener en mente un movimiento impulsado por la voluntad del pueblo, que empuja la historia hacia donde debe ir. Está profundamente convencido de que basta la fe en la idea para conseguir el cambio. Teniendo la experiencia de la guerra con Estados Unidos a cuestas, insta a luchar por forjar una nación libre y poderosa, o resignarse a formar parte integrante de la Unión Americana.

En sus escritos periodísticos muestra la elocuencia suficiente para formular una interpretación del pasado en conjunto, del presente que vive y del futuro que espera. En ellos, la Iglesia es centro de fuertes críticas, cuestiona su utilidad social y educativa, aunque reitera a la vez su fe cristiana. Cuando cumple con el encargo de escribir la Historia, volverá los ojos hacia los acontecimientos presenciados. Asimismo, en un texto sobre la “Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria”, publicado antes de la redacción de su obra, sostiene el argumento de que los pueblos no pueden prescindir de su pasado; cuentan con él como la única base segura para conocer el presente y preparar el porvenir.

Al dar inicio a la redacción del voluminoso tomo V, en que se ocupa de la Reforma y la Intervención, Vigil expresa su convicción de enfrentar sucesos que forman parte de un conjunto homogéneo, compacto y armonioso. Para él es claro que la historia de México presenta ante los ojos de un observador atento elementos que revelan el sentido no sólo de lo que ha sucedido sino de lo deberá venir adelante. Supone un destino para México que le ha sido fijado por el siglo en que vive y el continente en que se desenvuelve. Elige aquello que pone

en claro la pugna entre el poder civil y el religioso. Atiende a lo que juzga determinante y trascendente para mostrar las dificultades que tuvo el gobierno español al imponer reformas a la Iglesia y los obstáculos para abrir paso dentro de la Nueva España a las que se lograban en la metrópoli. A su juicio, la revolución iniciada en 1810 abre una nueva era. Presenta las dos caras del asunto, una sociedad ignorante, manejada por clérigos y a la vez susceptible de apropiarse de un ánimo común por impulsar el cambio. Todos sus esfuerzos por enlazar los sucesos están dirigidos a la aceptación del movimiento de Reforma y la constitución plena del Estado como las metas largamente anheladas. Se propone fortalecer la confianza y nutrir la conciencia de los mexicanos para cumplir el cometido de una historia que fue develando su sentido poco a poco.

Su tarea es narrar la vida política de México que va de 1855 a 1867, periodo en el que se inscriben la elaboración de la Constitución de 1857, la guerra entre conservadores y liberales, la enfrentada contra los franceses y la resistencia republicana y liberal ante el gobierno monárquico del emperador Maximiliano de Habsburgo, y, finalmente, el triunfo liberal. En suma, describir, en 833 páginas, los temas de lo que había comentado en la prensa a lo largo de varias décadas. Muy pronto, hace saber lo que piensa de dos de sus actores principales: los liberales y los conservadores. Convencido de que el cumplimiento del Plan de Ayutla representaba el *deber ser* de la nación, insiste en asociar su triunfo con las posibilidades de futuro para México.

El clero, obviamente, es uno de sus principales blancos de ataque. Su injerencia en las discordias intestinas; sus anatemas contra los primeros caudillos de la independencia; su oposición a perder privilegios; su tendencia a fraternizar con los gobiernos despóticos, lo llevan a concluir que es necesario nulificar su poder.

La separación del presidente Comonfort del poder y las dificultades que enfrenta su gobierno le permiten caracterizar con nombres y sucesos la lucha de los liberales por abrirse paso frente a la reacción que no cede. Omite consideraciones respecto a la razón de ser de los brotes de descontento surgidos en distintos puntos del país en contra de las medidas que dictaba el gobierno liberal. Para él, la historia es impulsada por el principio revolucionario que se transmite como tradición sagrada y está siempre vigoroso. Así, se apresta a contar puntualmente lo ocurrido, sin perder de vista su fe en el liberalismo. En su relato apuesta por una toma de conciencia, por apelar a que la racionalidad humana logre estar representada en una ley. Conforme las páginas de su libro se acumulan, va ganando un lugar preponderante hasta alcanzar el triunfo la idea de la construcción del Estado y la confianza en la Constitución. La madurez de Vigil le hace exigir de parte de los hombres un compromiso explícito con ella.



Su Historia, condicionada por el liberalismo, no solamente da cuenta de los episodios de la Reforma y de la Intervención; aun cuando se esfuerza por respetar las reglas propias de los historiadores de su tiempo e intenta ser fiel a los registros documentales en que se apoya, construye una verdadera narrativa en la que la huella de su ideología es patente. Una ideología vinculada a la utopía de varias generaciones; más cercana a la función constitutiva de un conglomerado social que a la función deformadora de la realidad con la que suele castigarse ese concepto.

Vigil pasa de la certeza de que la sociedad permanece atada al retroceso a la convicción de que está lista para el cambio. Ante sus páginas, cabe la posibilidad de preguntarse si sus experiencias y sus convicciones, que impusieron un modo de ver el pasado y el futuro de México, han dejado huella en quienes aspiran a forjar y a conducir los destinos de la nación.

Francisco Pi y Margall vivió una época en que se produjeron acontecimientos relevantes en su país, como los ocurridos durante el Bienio Progresista en el que gobernarán los liberales más avanzados (1854-1856), la Revolución Gloriosa de 1868 y el Sexenio Revolucionario (1868-1874), dentro del cual se sucedieron un gobierno monárquico, la Primera República, en la que Pi y Margall llegó a ocupar por breve tiempo el Poder Ejecutivo, y una dictadura. En conjunto, un tiempo que presenta paralelismos con la experiencia mexicana relatada y celebrada por Vigil.

Al comenzar el siglo XX, Pi y Margall dio a la imprenta la *Historia de España en el siglo XIX*, publicada en siete volúmenes, obra con que puede ejemplificarse el espíritu liberal que permeaba la época. En la centuria que narra se fueron acentuando los rasgos de la modernidad, que desde tiempo atrás venía pugnando por secularizar la vida de los individuos y que, en particular, propiciaría la toma de decisiones de algunos gobiernos en favor de todo aquello que lograra una emancipación real de los dogmas religiosos o simplemente de la tutela de la Iglesia.

Si las Historias cumplen con la labor de respaldar la organización política y social de las naciones, lo hacen de modo especial cuando se trata de orientar el rumbo tras uno o varios sucesos que han trastocado los cimientos sobre los que se ha construido la tan traída y llevada identidad de los pueblos. Los episodios que se consignan en las obras de Vigil y de Pi y Margall son significativos porque marcan un antes y un después; de allí que se pueda aplicar, para comprender lo que esos episodios representan, la definición que José Ortega y Gasset hace de lo que es una crisis: “el tránsito que el hombre hace de vivir prendido a unas cosas y apoyado en ellas a vivir prendido y apoyado en otras”.

La vida de Pi y Margall corre bastante pareja a la de Vigil. Ambos tienen ocasión de convertir en Historia escrita lo vivido; en el caso del primero, no sólo por haber presenciado acontecimientos relevantes, sino por haber sido

protagonista importante de algunos de ellos. A diferencia de Vigil, cuyo nombre está ligado al tema de la cultura historiográfica y literaria, el de Pi y Margall se asocia más bien a la vida y el pensamiento políticos. Sin embargo, su obra escrita abarca diversos títulos de interés histórico relacionados estrechamente con España, su nacionalidad y sus luchas.

Los dos historiadores mencionados comparten el hecho de que emigraron de las ciudades en que nacieron para radicarse en la capital de sus respectivos países. Pi y Margall, en 1847, se traslada de Barcelona a Madrid; Vigil va de Guadalajara a la Ciudad de México, en 1869; en los dos el interés por la política es evidente, y se hace patente su observación y participación de los sucesos de los años cincuenta en los escritos periodísticos que producen. Otro aspecto que los une es que se ocuparán en sus obras historiográficas de ese pasado vivido y escudriñado. Sus páginas, además, resultarán influyentes para la comprensión histórica y la realización de los textos de dos de los escritores que con mayor éxito divulgaron los episodios que caracterizaron la etapa liberal: Benito Pérez Galdós, en España, y Victoriano Salado Álvarez, en México. De manera que no sólo el periodismo o la historiografía fueron emisarios de esa forma de ver el mundo, sino que las dotes literarias de estos últimos autores permitieron difundir las preocupaciones y los eventos de ese pasado en concreto que fue verbalizado por Vigil y Pi y Margall. Todos, de una u otra manera, participaron de las ideas que gobiernos republicanos y monárquicos de ese tiempo tuvieron presente y que inspiraron constituciones, trazaron rutas a diversas naciones de Occidente y, sobre todo, indicaron el deber ser de los individuos que las poblaban, más allá de las directrices que recibieran sus antepasados por vía de la instrucción religiosa.

Francisco Pi y Margall no logró ver publicada su obra. En ella se unen un arsenal de noticias de todo orden y el pensamiento del político e historiador que da cuenta de un periodo largo y convulso de la historia de su país. Desde sus primeras páginas, relativas a la España de finales del siglo XVIII y principios del XIX, es evidente el interés por destacar la situación del clero, así como los esfuerzos por acotar su poder. Se ocupa de describir la formación y división de los partidos liberales y del papel de las sociedades secretas en la difusión de las ideas políticas que impulsan la opción liberal. Las alusiones al clero le llevan a establecer su vínculo con las tendencias reaccionarias.

En el tercer tomo, a propósito de la regencia de María Cristina, en cuyo periodo de gobierno los liberales logran situarse en posiciones importantes, Pi y Margall introduce una buena cantidad de elementos que permiten detectar su sentir respecto a las medidas con las que se procura la afectación del sector eclesiástico. Entre avances y retrocesos provocados por el papel preponderante de los moderados y el retraimiento de los progresistas, Pi y Margall tiene



mucho que decir para explicar el modo en que se llega al medio siglo. Él mismo es protagonista de la historia que cuenta cuando se ocupa de narrar los cambios constitucionales y se asume como portavoz de lo más promisorio para el futuro de España. Se ubica entre los demócratas y patriotas que trabajaban para que el fruto de la revolución indicara el inicio de una nueva era de progreso en los órdenes político, económico y social.

Desde luego que un punto esencial es el que se refiere a las dificultades por conseguir la aprobación de la Ley de Desamortización, las resistencias de la reina Isabel II a sancionarla, así como los problemas con la Santa Sede que generaba su aceptación. En todo caso, el autor aplaude una ley que a su juicio mereció el reconocimiento de toda la opinión liberal de su tiempo.

A diferencia de Vigil, cuyas páginas ponen de manifiesto que es el clero el instigador de los movimientos de oposición a las medidas liberales, en el texto de Pi y Margall interesa destacar la fuerza del papa y la dificultad de la monarquía para lidiar con su poder. Los movimientos carlistas que ocurrieron por entonces le permiten hacer notar la relación estrecha entre reacción y religión. Sus convicciones republicanas, bajo la luz de una filosofía dialéctica hegeliana, le hacen afirmar que vendrá a final de cuentas, tras las luchas de los partidos que se oponen, una situación de triunfo del republicanismo.

La meta a la que se aspira, la constitución de Estados modernos bajo la guía del pensamiento liberal, es uno de los motores que impulsa la organización de la historia en autores como Vigil y Pi y Margall. Atender a las posibilidades de lograr con ello una condición de mejoría y de progreso dicta muchas de sus páginas. En ellas se manifiesta el sentir de quienes participan de ideas semejantes. El espacio que ocupan en sus historias los esfuerzos políticos por colocarse en el camino que conduce a esos objetivos es notable y, en ocasiones, no deja lugar para que allí se exprese al mismo tiempo lo que experimentan quienes, ajenos a esas búsquedas, realizan el día a día de sus vidas bajo esquemas de pensamiento y de creencias diferentes.

Otros ejemplos de la preocupación que genera en los autores de Historias nacionales ese deseo de ubicar el desarrollo de sus pueblos dentro de los márgenes de la modernidad siempre alentada por el espíritu liberal, pueden leerse cuando se atiende a un factor que suele dar identidad a las naciones: la lengua y, en especial, su expresión en la literatura. Cuando se escribe la historia de la literatura nacional puede advertirse el interés de quien, armado de un pensamiento liberal, está interesado en que se produzca el cambio, en que no prevalezca la fuerza de quienes se le oponen.

Para ilustrar esto, una vez más es el caso de la *Historia de España en el siglo XIX* de Pi y Margall el que sirve de ejemplo y se compara con lo que ofrece la otra Historia monumental, *México: su evolución social*, dirigida por Sierra, publicada

por los mismos años que aquélla y cuya sección dedicada a “Las Letras Patrias”, escrita por Manuel Sánchez Mármol, se compromete a dar cuenta de su desarrollo.

Como ha quedado señalado, en las páginas de la obra de Pi y Margall, si bien predomina el material de historia política, también está presente la relación de los aspectos culturales para los que Pi y Margall había desarrollado una enorme sensibilidad; además, es muy probable que los temas sobre literatura estuvieran a cargo de su hijo Francisco Pi y Arsúaga, literato y coautor de la Historia. De modo que se puede reconocer sin reparos la autoridad de ambos para tratar el tema. Sánchez Mármol, por su parte, oriundo de Cunduacán, Tabasco, activo en la vida política de México, aunque más bien adscrito al mundo de las letras, participa en la obra de Sierra, y su relato no se refiere sólo al siglo XIX, que de cualquier manera ocupa un lugar protagónico, pues uno de los propósitos que la anima es argumentar acerca de los progresos de la nación mexicana al finalizar la centuria.

Si en el caso de Pi y Margall, el recuento del siglo en España no parecía dar la razón a sus convicciones filosófico-políticas, dado que el clima de la Restauración había moderado los alcances del liberalismo, en el caso del mexicano sucedía lo contrario. Había que conmemorar, con una historia escrita bajo el signo de la evolución, los logros del gobierno de Porfirio Díaz, un gobierno que por el momento se veía consecuente con los principios liberales, aun cuando ya fuera advertido por algunos que varios de esos principios no tenían la vigencia esperada.

Así pues, las dos obras de grandes proporciones, con clara intención de ser Historias nacionales, publicadas en el mismo lustro, conceden un lugar específico a la historia de la literatura. Los autores en cuestión son, en términos generales, liberales del siglo XIX cuyas vidas transcurren mientras algunos acontecimientos en sus naciones plantean la posibilidad de que sean principios emanados del pensamiento liberal, sumados a los provenientes de la doctrina positivista, los que indiquen el camino a seguir. En los dos casos, la experiencia histórica señala la importancia que tiene constituir Estados modernos.

En la *Historia de España* trece capítulos tratan del desarrollo de la literatura española en el siglo XIX. En ellos es patente la diferencia de ideas y de juicios acerca de los que difunde sobre la cultura literaria española el crítico más influyente, Marcelino Menéndez Pelayo. De éste, ha afirmado Manuel Suárez Cortina que es, tal vez junto a Ortega y Gasset, el autor de mayor influencia cultural en la España contemporánea. Mas si Menéndez Pelayo puso el acento en los fundamentos de la cultura católica y clásica para cimentar el caso de España, los lectores de Pi y Margall vieron en su obra manifestaciones de otro signo en las que el espíritu laico y progresista resultan decisivos.

Curiosamente, también es frente a la opinión de Menéndez Pelayo de que en México en ninguna parte acababa de aparecer la literatura nacional, que responde el pensamiento evolucionista de Sánchez Mármol con la idea de que esto es



cuestión de tiempo, y apresurarse a deslindar el origen de la literatura mexicana de la literatura española. En un claro signo de interpretación política, se atreve a sostener que el odio generado hacia España a raíz de la independencia podría haber incluso abolido el uso de la lengua castellana, mientras que el odio provocado por la intervención francesa, en cambio, no había bastado para curarse de la afición por una literatura que, a todas luces, juzga influencia benéfica. Vincula historia y literatura con el ánimo evidente de cimentar, en un momento de la evolución, la creación de una expresión literaria propia, separada de un influjo que a su juicio no garantiza que pueda ponerse al día, en vista de que, para él, la decadencia de la metrópoli, no recomendada que se tomara como modelo. Fuera de Castelar y de Campoamor, asegura, tenía poco que ofrecer.

Sánchez Mármol declara enfáticamente lo que entiende por letras patrias: la exclusión de lo producido con anterioridad a la independencia. Ve el tiempo de la gesta independentista como la cuna semillera de una literatura nacional, distante de lo cultivado en la etapa colonial y generadora de grandes movimientos literarios. Concede a la Iglesia un papel como instancia docente, al abrigar en sus seminarios espíritus independientes, y sostiene que las nuevas doctrinas, la Revolución de Ayutla y la guerra con Estados Unidos contribuyeron a la evolución literaria en México. En la novela ve el género que caracteriza la expresión del nacionalismo. En el periodismo y la oratoria, los hijos gemelos de la libertad. Encomia a Francisco Zarco y aprovecha para calificar de causa perdida la de quienes se expresan en periódicos conservadores, aun cuando no carezcan de méritos. La impronta de las ideas políticas se impone, lo hace cuando el autor muestra confianza en una evolución de la literatura que aun manteniendo la lengua de los conquistadores, deberá transformarse por obra del influjo de los Estados Unidos, pese a todo, un ejemplo de prosperidad.

A diferencia del texto, más general, del mexicano, Pi y Margall o Pi y Arsuaga se detiene en los asuntos del estilo y con un ritmo más lento va mostrando cómo el más cultivado es el del romanticismo. Se propone describir y criticar el movimiento intelectual que se dio en España a partir de la muerte de Fernando VII y constantemente invoca a las autoridades en materia de literatura, citando sobre todo los nombres de Alberto Lista y Juan Valera. Reconoce lo que deben las letras españolas a las aportaciones de los emigrados a Inglaterra y Francia e identifica la Revolución francesa con un impulso a la civilización que deja ver a la monarquía como una rémora para el progreso.

El caso de la obra de *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del Duque de Rivas, señalada como el momento decisivo del triunfo del romanticismo, le da pie para abundar en el tema de su recepción y calificar como absurdas las ideas de los eruditos católicos que ven en ella pensamiento cristiano católico. Pi y Margall juzga que no hay tal, que todo obedece a leyes naturales. Se refiere al futuro y

opina acerca de cuánto ha prevalecido el sistema reaccionario. Toma en cuenta las palabras del citado Duque de Rivas, quien en su discurso de ingreso a la Academia elogió la lengua castiza, pero hizo ver que se beneficiaría de adquirir las cualidades que distinguen a las lenguas inglesa y francesa.

Cuando llega el momento de presentar lo ocurrido desde 1869 en adelante, la compuerta se abre para dar paso a otros ingredientes de las relaciones entre historia y literatura. Asegura que las nuevas corrientes literarias modificaron el impulso romántico a partir de 1850.

Introduce el tema de la política que atrajo la atención de los escritores hacia los periódicos y apunta que desde la muerte de Fernando VII alcanzaron crédito y aceptación en España. Advierte que, pese a las contrariedades, triunfaron y llegaron a consolidarse los principios liberales, aunque también apunta que en una nación como la española los errores de la monarquía y de la reacción religiosa perturbaban el desenvolvimiento de las ideas, lo cual se dejaba ver en la vida literaria. Reconoce, entre quienes sostuvieron principios revolucionarios, a Emilio Castelar y a Nicolás María Rivero. Considera también que desde que Isabel II fue declarada mayor de edad, la política era movida por figuras tendientes al retroceso. Cuando el tema se lo permite, destaca la injerencia de la Iglesia en la literatura.

En el séptimo tomo de su obra se propone hacer un resumen histórico de la literatura de las dos últimas décadas del siglo, y acepta un elogio para quienes Valera reconoce por la magnificencia de la forma de sus poemas aun cuando fueran de tema religioso; con mayor razón dedica espacio a la trayectoria de republicanos activos en la Revolución del 68, y con Valera asienta que Narciso Campillo unió a la perfección clásica la pasión del demócrata, del librepensador y del creyente en el progreso.

Hay en las páginas de esa *Historia de España*, asimismo, cierto tipo de censura para quienes adoptan, sin más, influencias venidas de fuera. Algunos juicios llevan a pensar en la posibilidad de que provengan del otro autor que firma la obra, Francisco Pi y Arsuaga, hijo de Pi y Margall. Sin embargo, en las líneas de uno u otro campea la voz del liberal que, aun cuando reconozca el talento de un autor como Jaime Balmes, se ve obligado a señalar que difundió la verdad en que fue educado, una filosofía esclava de las leyendas religiosas y por tanto inadmisibles como filosofía. En suma, aboga por aquello que expresa adelanto, civilización universal y, en cambio, reprueba a quienes, pese a sus grandes méritos, como es el caso de Menéndez Pelayo, han criticado a los pensadores liberales.

El pasado desde un presente que se vive con optimismo, o el pasado desde un presente que parece incierto en relación con las expectativas de futuro, dos visiones opuestas, dan forma a la historia que se puede construir. Los lazos entre literatura propia e historia nacional se estrechan o distienden según lo que





se espera. En la mirada de Sánchez Mármol las esperanzas de cultivar la lengua están puestas en que, abierta a las influencias, se separe cada vez más del dominio del castellano peninsular. En el ánimo de Pi y Margall y Pi y Arsuaga lo que se observa en las últimas décadas más bien obstaculiza ese proceso evolutivo que, sin embargo, tarde o temprano deberá ocurrir.

### **Algunas reflexiones finales**

Es evidente que aquí se han mostrado algunos pasajes de obras que se propusieron trazar el proceso histórico de México y de España desde un mirador particular. Por tanto, no se trata de ver en ellas la verdad probada y demostrada sobre los temas elegidos, sino, justamente, la verdad que podían ofrecer sus autores desde la visión del mundo que profesaron. De tal manera que otros textos proporcionan visiones diferentes sobre cada uno de esos temas.

Lo único que se espera de las páginas anteriores es contribuir a valorar la importancia de reconocer, en las Historias que se presentan con aspiraciones de comprender y explicar el desarrollo de una nación, las proposiciones que provienen de una posición ideológica. Saber apreciar de qué manera, en las páginas donde abundan las descripciones y los datos con los cuales se da razón del movimiento de la historia, aparecen también las voces de quienes, desde lo más profundo de sus convicciones, emiten mensajes que contribuyen a formar la idea de una nación. Mensajes destinados a hacer signo en la mente y en la conciencia de quienes los reciben.

Un examen más detenido de los textos aquí presentados permitiría observarlos como mapas complejos, cada uno con referencias al posible mapa que se fue trazando sobre la historia de las naciones y la civilización quizá desde la mitad del siglo XVIII. La tensión entre lo particular y lo universal se hace presente. Lo que se sacrifica del paisaje histórico en relación con las creencias, lo que se significa o no del paisaje literario, tiende a mantenernos en vilo, a darnos ese estado permanente de alerta ante nuestras expresiones y nuestros alcances.

La elección de lo que se ha tomado como ejemplo se deriva de la certeza de que la historiografía puede ser tomada como uno de los productos más acabados para ensanchar la conciencia histórica. La Historia escrita se inscribe en la cultura de un pueblo y, a la vez, produce formas de cultura. Máxime cuando queda expresada en términos de propuesta de Historia nacional.

Las generaciones sucesivas han elaborado versiones del proceso histórico de cada uno de sus pueblos como lo hicieron los liberales aquí citados, es decir, echando mano, en mayor o menor grado, de sus ideologías, de sus utopías y de todo aquello que les resulta útil para hilvanar los sucesos y enviar mensajes de sus esperanzas para el futuro. Al parecer, es inevitable que cada tiempo imprima su huella en las palabras con que los hombres nos hacemos cargo de nuestro pasado.

**BIBLIOGRAFÍA**

- García Cárcel, Ricardo (coordinador). *La construcción de las historias en España* (Serie Ambos Mundos). Madrid: Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos / Marcial Pons Historia, 2004.
- Matute, Álvaro. “La historia como ideología”. *Históricas*, 49, mayo-agosto de 1997: 4-17.
- Ortega y Gasset, José. “La ‘crisis’ de hoy y de hace siglos: creación y recepción. La ‘socialización’ del hombre y la ‘vuelta’ a la naturaleza” en *Obras completas. Tomo V. (1932-1940)*. Madrid-México: Taurus / Santillana, 2006.
- Ortega y Medina, Juan A. y Rosa Camelo (coordinadores generales); Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora del volumen). *Historiografía mexicana. IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1996.
- Pi y Margall, D. Francisco (obra póstuma) y D. Francisco Pi y Arsuaga. *Historia de España en el siglo XIX. Sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos, acaecidos durante el mismo. Detallada narración de sus acontecimientos y extenso juicio crítico de sus hombres, por [...], 7 V.*, Ilustrada por J. Passos y P. Béjar. Barcelona: Miguel Seguí Editor, 1902.
- Sierra, Justo (director literario), et. al. *México: su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la Federación mexicana; de sus adelantamientos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc., etc. Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX*, 2 tomos en 3 volúmenes. México: J. Ballezá y Compañía, Sucesor Editor, 1900-1901.
- Suárez Cortina, Manuel; Evelia Trejo Estrada y Aurora Cano Andaluz (edición e introducción). *Cuestión religiosa. España y México en la época liberal*. México-Santander: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Instituto de Investigaciones Históricas-Dirección General de Asuntos del Personal Académico / PUBliCan Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2012.
- Trejo, Evelia. “El protagonista incómodo de una historia ejemplar” en Franco Savarino y Andrea Mutolo (coordinadores). *El anticlericalismo en México*. México: H. Cámara de Diputados LX Legislatura / Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Santa Fe / Miguel Ángel Porrúa Librero Editor, 2008, pp. 297-318.
- Vigil, José María. *México a través de los siglos. V. La Reforma, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. Barcelona: Espasa y Compañía, Editores, 1889.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS